

NO DEJEMOS QUE REVIENTE LA BOMBA DENTRO DEL SENO

Conciudadanos: la Patria perece y no lo sentimos, contiene con la parca, y no le auxiliamos, va a terminar su existencia cuando sus hijos dormimos tranquilos en brazos de la confianza, embriagados con el placer de la libertad, y engañados con la lisonjera esperanza de que convertida de esclava en Señora, y de Colonia en Imperio va a levantarse sobre las demás naciones, y a ponerse en paralelo con la augusta Roma, ¡Oh conciudadanos caros! lejos, muy lejos de nosotros las mortíferas confianzas, los imaginarios placeres, y las mentidas esperanzas, que corriendo un velo sobre los ojos de la razón, nos ciega para que no conozcamos nuestros derechos y con más facilidad nos precipitemos en un escollo: vedlo claramente demostrado. Mientras en la máquina humana se mantienen en perfecto equilibrio los sólidos, y líquidos; en tanto que aquellos no se relajen, ni estos adulteran el cuerpo físico se halla adornado de salud cumplida; y aumentándose su robustez nos parece que ha sido criado para ser eterno, ni más ni menos; ni mas ni menos ilustres conciudadanos, sucede en el cuerpo político; siempre que el poder legislativo y el ejecutivo¹ se mantienen en verdadera armonía, en tanto que aquel tiene a la vista la felicidad general; se ocupa en examinar las acciones de los ciudadanos para formar un código conforme a las circunstancias del estado, y carácter de los individuos; y en fin, entretanto éste no intenta salir de la órbita en cuyo espacio se contienen sus facultades, el estado florece, los ciudadanos se glorian al contemplar su tranquilidad, y su futura propagación, y cada individuo es una columna del estado; mas luego que se rompe este equilibrio, y los poderes así legislativo, como ejecutivo, chocan entre sí, y el uno se cree superior al otro, y éste intenta que aquel no use de sus verdaderas facultades, y pueda evitar los males que amagan a la patria; esta es el juguete de la fuerza, la soberanía, inajenable o indestructible, se halla cifrada en el vencedor y el gobierno, se acomoda a la felicidad del que triunfa; si a sus fines particulares le está bien el despotismo, los ciudadanos son víctimas de este terrible azote, si la arbitrariedad se acomoda a sus depravadas ideas, el estado despojado de sus derechos es esclavo de un tirano, y aunque estos males duran tanto, cuanto la ignorancia, y terminan luego que ésta desaparece, entre este infeliz período, la patria se arruina y aparece un monstruo ¿queréis palpar esta verdad? pues tended la vista sobre la soberbia Roma, investigad su opulencia, examinada su

1 *Persuadido de que en nada hace falta a la substancia de este papel, hacer mención del poder judicial, no se mienta para nada: según esta advertencia no hay lugar a la crítica que podrían hacer algunos necios.*

ilustración, atiéndase a su legislación, no se olvide a un Justiniano, ténganse presentes a otros muchos sabios legisladores, e ilustres patriotas de aquel Imperio, y después de haber juzgado imparcialmente, decidme, ¿podrá darse comparación entre aquel basto Imperio y el nuestro? ¿tenemos iguales ventajas? sin duda alguna que en todo somos inferiores; luego si Roma con todos estos puntos de superioridad ha sufrido diversas formas de gobierno; y se ha visto al borde de su ruina ¿qué podrá sucedernos? ¿qué tendremos que sufrir? No conciudadanos, no veamos sobre nuestros cuellos un nuevo yugo que nos oprima, ni menos demos lugar a sumergirnos en la sangre de nuestros hermanos, seamos dichosos, trabajemos por la felicidad general, y nos haga felices, ni nos preguntemos unos a otros cual será mejor; pues es claro que aquel es mejor que hace felices mayor número de individuos; y si esto no se predica del que actualmente tenemos, bien se deja entender que acaba de nacer, que estaba hecho el reino un esqueleto, y que nuestra inconstancia no nos deja conocer las ventajas de una monarquía moderada, sino que empeñados en labrar nuestra ruina, nada hacemos, nada maquinamos, ni nada conseguimos, que no nos sea perjudicial pues caminamos a convertirla en absoluta, y a que desnudos de nuestra libertad se fije de nuevo sobre nuestros cuellos el yugo de la esclavitud; no conciudadanos, no veamos a costa de nuestra desgracia saltar el placer en los corazones de aquellos que aspirando secretamente a los puestos elevados desean una convulsión política, para fundar su fortuna. Tales son aquellos, que favorecidos con las faltas de algunos Diputados, intentan destruir la Soberanía legítimamente representada por el Congreso; estos con agravio de muchos patriotas sensatos, intentan sacar de faltas particulares delitos universales, y de falsas conjeturas una pruebas reales.

México: 1822

Oficina de D. José María Ramos Palomera